



opinion

El trasvase como esparadrado de todas las opresiones

Por Eusebio Cano Pinto

Visto desde Cáceres, el Trasvase Tajo-Segura no es sólo el Trasvase; el Trasvase es el Trasvase y su circunstancia.

Esta acomodación aragonesa a este complejo de cemento y agua, expolios y faraonismo franquista, y que a primera vista pudiera parecer una estupidez soberana, viene a cuento porque hoy es imposible analizar con rigor el tema del Trasvase sin someter al mismo tiempo al microscopio sus alrededores; esto es, enmarcarlo en la realidad socio-económica de Cáceres. Y es que la bola ha rodado tanto y tanto, y tantos han sido también los mercaderes de ocasión que la han empujado que ni siquiera parece ya bola y si embolado.

Decir pura y simplemente que el Trasvase constituye el gran expolio histórico provincial es una mentira matemática o, cuando menos, una friolera ética. La desinformación existente al respecto y la agitación interesada de siniestros personajes de la vida pública provincial y nacional han creado un estado de opinión tal sobre el Trasvase que lo han convertido en punto de confluencia de todas nuestras opresiones. También ha habido pescadores de río revuelto que han querido canalizar sus propias culpabilidades y sus ineptitudes de gestión pública hacia la resignación del pueblo cacereño ante esta obra de la Dictadura.

Y nadie ha tenido la bastante valentía para levantar la máscara y afirmar sin temblor que el Trasvase y su manipulación han sido convertidos en ocasión y pretexto para descubrir la represión histórica provincial a todos los niveles. Ocasión y pretexto, pero de ninguna manera su causa.

(Vaya por delante, y para evitar hipótesis e intencionadas perversiones de este artículo, que quien lo firma se ha declarado públicamente y se declara furibundo dinamitero del Trasvase; pero a lo que no quiere contribuir en un épico es a que se siga habilitando esta faraonada franquista como esparadrado social que cubra y justifique toda la injusticia estructural que Cáceres padece y que ha padecido siempre).

Expolios mayores hay y ha habido en Cáceres que han hecho derrames para emplear goma-dos en abundancia hemos tenido y aquí nadie ha de España va a engordar con kilowatios convertidos en pesetas la cartera de una familia cuyo apellido a los cacereños debería producirnos náuseas. ¿Quién habla hoy de Alcántara si no es de su puente romano, y por qué la ira del pueblo casi nunca se dirige hacia sus auténticos explotadores?

Que el Trasvase Tajo-Segura ha sido mal enfocado desde Cáceres lo prueba el hecho de que aquí presumiblemente nadie hubiera protestado si las compensaciones prometidas en la Ley del 71 hubieran sido pre- vias o, al menos, estuvieran ya ultimadas. ¿Es que con compensaciones en regla y abundantes el Trasvase dejaría de ser un expolio provincial? Porque no hay que olvidar que las compensaciones, y en cualquier hipó- tesis, no dejan de ser más que limosnas que debieron darse no en re- compensa por nuestra buena acción, sino, y en el peor de los casos, cu- nunca se acordó.

Y ahora que el Trasvase es buena leña para hacer hogueras donde se quemen los bonzos; ahora que incluso un cierto sector de cacereños ve-

«Y no solamente es necesario considerar el coste inicial de las obras...», advierte, como si no se estuvieran echando ríos de millones en la parte del aprovechamiento conjunto de provecho para el Sureste español, «...sino los subsiguientes gastos de explotación, que, al resultar muy elevados, pueden hacer antieconómicos los regadíos...» que hubiera resultado una respuesta medianamente sensata y aceptable si lo mismo se hubiera dicho de los regadíos del Sureste antes de embarcarse en el trasvase.

Y pasa en seguida a detallar su postura ante los distintos planes de regadíos.

Sobre los del Ambroz, como «la relación beneficio/coste resulta lamentablemente inferior a 2 (1'57)», dice que «no resulta aconsejable su ejecución».

Sobre los del Jerte, que posibilitarían el abastecimiento de agua a Plasencia, afirma que todo está a punto para la rápida iniciación de las obras.

Afirma que aún no están acabados los estudios de viabilidad de los del Bronco y se extiende con respecto a los de Torrejuncillo y Portaje, para decir de los mismos



Martín Palomino Mejías

que los estudios de viabilidad han resultado desfavorables. O sea, que nada.

Y nada de los regadíos del Almonte y del Salor, porque ya en junio de 1969 —es decir, dos años antes de que se incluyera su posibilidad en la «Ley de Aprovechamiento Conjunto»— el Centro de Estudios Hidrográficos había estudiado los suelos y los resultados eran «tan desconsoladores que ya no procedía ni tan siquiera a redactar el estudio de viabilidad». Item más, que algunos informes posteriores de la propia Diputación no eran favorables.

Da como casi hecha la primera fase del plan de regadíos locales, apenas 62, en lugar de los 800 de la «Ley de Aprovechamiento Conjunto» y «aunque el señor Palomino

rían con buenos ojos la colectiva dimisión de los cargos públicos provinciales para reivindicar la justicia a destiempo por este dislate del Estado contra Cáceres; ahora que el burro ya está muerto (y con perdón) habrá que decir a los que lo mataron y tal claman; que se quemen ellos y que dimitan los auténticos culpables, pero no los que ni arte ni parte han tenido en el asunto. ¿Dónde están, dónde, los arquitectos de un silencio provincial ignominioso que ha durado diez años y uno más, los que entonces hablaron del «nunca ponderado sacrificio de Cáceres para redimir la sed de España»? ¿No fueron ellos, por otra parte, los que por saber tan poca geografía ni siquiera sabían de dónde viene el agua que llena el Tajo cuando llega a Cáceres?

De repente se han dado cuenta muchos de que aquí estamos todavía en el umbral del desarrollo, de que Cáceres tiene muchas hectáreas sin regar y pueblos sin asfaltar y abastecimientos de aguas que construir. Y piensan que si esto no se ha hecho ni se hace... la culpa es del Trasvase. ¡Mentira pura! ¿Qué tiene que ver el Trasvase con el subdesarrollo estructural en que la provincia ha vivido y vive? Culpar al agua que se va a Murcia de la sed que tiene el Campo Arañuelo y otros campos de pan llevar o de las cotas africanas de industrialización de nuestra provincia es poco serio. Y tampoco es un argumento demasiado lúcido cargar las responsabilidades de nuestras carencias a la abundancia de los otros. Si la provincia de Cáceres no tiene hoy 50.000 hectáreas más de regadíos quizás se deba a otras razones de la mala fortuna y sobre las que ahora no hace al caso comenzar su exégesis.

Este es el mito. Y el espejo ante el que de hace poco para acá justificamos todas nuestras opresiones. El Trasvase, así manipulado, puede conducir a un gran resentimiento colectivo que termine involucrándonos en la desgana de asumir incluso nuestra propia soberanía. Los cacereños hemos desembocado una vez en el Atlántico en épocas de conquista; ahora nos quieren hacer desembocar en el Mediterráneo y a través de un túnel de cemento armado. Y hasta que nuestra energía no desague en un proyecto de convergencia interior quizás nos llegemos a superar la conciencia freudiana de represión histórica.

Quizás muchos cacereños no han caído en la cuenta de que da igual —y salvadas las distancias sentimentales— que el Tajo desembogue en el Mediterráneo o en el Pantano de Alcántara. De otra manera: que el expolio provincial es igual de grande si el Tajo se va a dar agua a los apartamentos turísticos del señor Banús como si va a dar kilowatios (vía Alcántara) a las eléctricas de un inefable benefactor cacereño que todavía se apellida Oriol y Urquijo.

Estando como estamos ante un hecho irreversible (regalo por otra parte de un Plan de Desarrollo prelebitico) y no teniendo la provincia suficiente dinamita para destruir el túnel de Talave (aparte de que algún gobernador civil se apresuraría a enviar los antidisturbios) los cacereños deberíamos sacar cierta rentabilidad política del Trasvase y para no tropezar dos veces en la misma piedra. Rentabilidad política en el sentido de convertirlo en estandarte contra los nuevos explotadores que ya cabalgan por estos pagos; y al mismo tiempo, en la mascota contra la opresión del centralismo de un Estado que ha utilizado el empobrecimiento de unas provincias para engordar a las oligarquías capitalistas que lo sustentan y han sustentado.

no hace referencia a ello», menciona la zona de regadíos de Valdecañas, donde ya «se ha construido el túnel de trasvase y domina- da 1.250 hectáreas desde el año pasado».

Recuerda el Gobierno que ha aprobado el proyecto y propuesta de adjudicación para poner en riego 1.300 hectáreas en el Alagón y que ha actuado, sin estar previstas, sobre 700 hectáreas más en Calzadilla-Guijo de Coria. Y «se han realizado importantes obras complementarias en los sistemas de riego del Alagón, Arrago y Rosarito» termina diciendo el capítulo de las negativas a los regadíos.

Sobre las obras a realizar en primera fase por el Consorcio Provincial de Abastecimientos y Saneamiento de Cáceres, el Gobierno reconoce que hay retrasos, pero no carga a que los proyectos, redac-

tados en general por los Ayuntamientos, no reúnen los requisitos precisos.

Una bofetada, en suma, para las expectativas cacereñas.

DE LAS PERPLEJIDADES, LAS INDIGNACIONES Y LOS SILENCIOS

La bofetada, que sonó como un pistoletazo, dejó boquiabiertos a muchos; a muchos de los que seguían creyendo que se había hecho bien al no mantener una oposición a ultranza al trasvase, como estaba ocurriendo por entonces en Aragón ante la amenaza de trasvasar aguas del Ebro a Cataluña. (Se hablaba, por cierto, de que Trillo-Figueroa sería nombrado gobernador civil de Zaragoza y no vendría mal recordar la canción que «La Bullonera» puso en circulación entonces y cuya letra decía: «El que quiera llevarse el agua/ y el trabajo de Aragón/ se las ha de ver primero/ con toda su población»).

Perplejidad en muchos e indignación en otros tantos. Una como descarga eléctrica recorrió la provincia, que quizá hubiera sacado provecho de su indignación, aún canalizada, sin el empujón, que haberlo lo hubo, de mantenerla con la boca cerrada.

Sólo un Ayuntamiento de la provincia, uno entre doscientos diecinueve, el de Hervás, tomó el acuerdo corporativo de protestar por las respuestas que el Gobierno diera a Palomino Mejías. Los demás, silencio.

—¿Y cómo vamos a protestar —que diría un alcalde de los de entonces, alcalde de un pueblo próximo a la capital y de los que se beneficiarían de algunos de los regadíos ahora negados—, si no nos lo ordenan...?

